

¡Maldita lámpara!

—¡Vení, vení y oflo a *tu hijo*, Nora!

Para ciertas ocasiones era *tu hijo*, pensó Nora, pero prefirió no contestarle a su marido. Era mejor quedarse en la cocina, cuidando que no hirviera el agua.

—¡Tanto que lea, que lea! ¡No sé qué habrá andado leyendo últimamente, porque mirá con lo que me sale ahora! ¡No sé para qué me levanto temprano los domingos! ¡Pobre de mí, que quiero vivir tranquilo! ¿Escuchaste lo que quiere? ¿Sabés lo que se le antojó?

—Ahora viene lo de *esta criatura no tiene límites*— se dijo en voz baja Maximiliano.

—¡Pero *esta criatura no tiene límites!* ¿Me estás oyendo, Nora? ¡Lo único que me faltaba! Nora entró con el termo y el mate; le cebó el primero.

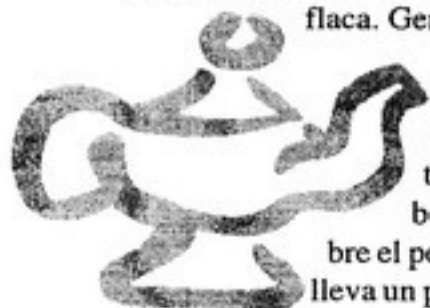
—Qué quiere *mi hijo*— suspiró resignada.

Gracias al mate, la catarata de palabras de Sergio se calma, ahora es casi un río tranquilo de las sierras que da vueltas y vueltas buscando su camino.

—¿Y a vos te parece, Maxi, que yo puedo ir?... Pero, de verdad, ¿vos querés que yo vaya a una casa... de iluminación y le diga: "Don, ¿me da una lámpara maravillosa, de ésas que uno frota y ¡zas! aparece un genio que se pone a las órdenes de su dueño?"... ¿Qué me van a contestar? "¿Quiere un genio varón?, ¿alto o petiso?, ¿puro hueso y de turbante?"

—Deme un genio mujer, alta y flaca, como a vos te gustan— interrumpe celosa Nora.

Corre al espejo del dormitorio y se mira. Respira hondo: sigue siendo mujer, alta y flaca. Genio, no cree.



El hombre, un vendedor petizo y gordo, tiene los ojos rojos y la boca medio cerrada. Sobre el pelo negro, en la cabeza, lleva un pañuelo verde en el que

relumbra una piedra del color de la sangre. Sus labios golosos mastican el aire. Con una gamuza, roza suave las lámparas de metal, que ahora relucen bajo el sol del mediodía. De a ratos encienden una luz, un globo luminoso en el que parece verse una forma humana.

Y no quiere hablar o tira a mudo, porque a todo lo que la gente le pregunta contesta con un gesto de la mano derecha que indica el precio.

—¿Y ésas?— señala Maximiliano.

Al fondo, sucias, cenicientas, se ve un pilón de lámparas. Perdido, un letrero: *Sin pilas. Sin enchufes.* En letra chica, entre paréntesis, *segunda selección*, y el precio.

—Son falladas pero más económicas... — explica Nora a su hijo—. ¿Puedo probarlas, señor?

Puede. Busca unas cuantas y las refriega. Dentro del globo parecen asomarse de mala gana genios con bigotes de un solo lado, enyesados, en calzoncillos... Sergio mira atento a una genia muy joven con una atractiva cola de pescado.

—Llevamos esta otra. No se puede gastar tanto— elige decidida Nora y paga.

Mira desafiante a su marido. Maximiliano también se queda con las ganas de la sirenita.

Ahora el problema era estudiar Historia para el lunes. Antes no le importaba saber algo apenas o nada, y quedar como un burro, pero desde que Caro llegó al grado...

Es el atardecer y desde la ventana empiezan a apurarse por entrar las sombras. Él ya lo tiene todo planeado. Lo primero es llamar al genio: cierra la puerta del cuarto, saca la lámpara que tiene guardada bajo la cama y con una bufanda de lana frota y frota. Y nada y nada.

—Carolina— dice con ganas para darse fuerzas, y sigue con el refregado, al revés, por si el genio es zurdo.



De a poco el globo empieza a iluminarse y ve la figura que comienza a aparecer. Maxi le cuenta ocho pelos verdes, sumando los de la cabeza y los de la barba.

"¡Al fin!", se tranquiliza el frotador. Se queda esperando. Si no fallan sus planes, el genio seguramente le hará la reverencia; después irá subiéndolo la mano derecha (o la izquierda si es zurdo), hasta encontrar el lugar del corazón, de los labios y de la frente. Así serán de su nuevo amo sus emociones, sus palabras y sus pensamientos. Entonces hablará: "Oírte es obedecerte", le dirá.

El genio termina de salir, muerto de sueño.

—¿Qué querés? ¡Estaba durmiendo!— bosteza enojado y arruga la frente.

—¿Cómo qué querés?— protesta Maximiliano— ¡Qué modales!

Suspira desanimado.

—Primero, decíme cómo te llamas, y después explicáme que sos mi servidor, mi esclavo en la tierra por donde te arrastrás, en el aire por donde volás y en el agua... —lo mira, medio sucio— bueno, aunque no sea en el agua...

El genio se duerme ahí mismo, hasta que las sacudidas de Maximiliano lo despiertan.

—Está bien... está bien... está bien... Me llamo Abdul y tengo sueño... ¿qué querés?— trata de calmar a su nuevo amo, ahora medio despierto, medio curioso.

—¡Te necesito! ¡Es urgente! Quiero saber para mañana un tema de Historia y no puedo aprenderlo, me aburro, me distraigo y además qué dirían de mí mis amigos si estudio... Si vos me ayudás la cosa cambia... Y Carolina...

—¿Estás enamorado?— ahora el genio se interesa y sonríe totalmente, bien abiertos los ojos asombrados—. Yo también... ¡Ah, mi novia!

Tiene ojos como ciruelas, labios del color de una sandía abierta y madura, una guinda por nariz... Se llama Leila y nos llevamos tan bien que no se puede creer. Y cuando...

—No hay caso, nunca va a parar de hablar

de su novia— se queja para sí mismo Maximiliano.

Trata de escucharlo. "¡Maldita lámpara!", piensa, "¿qué tenía Abdul, una novia o una frutería?"

Al final, conversan.

—¿Y qué te gustaría?/ Que me metas en la cabeza una lección de Historia./ ¿Qué tema?/ El Congreso de Tucumán./ No puedo./ ¿Por?/ El día que lo explicaron, falté.

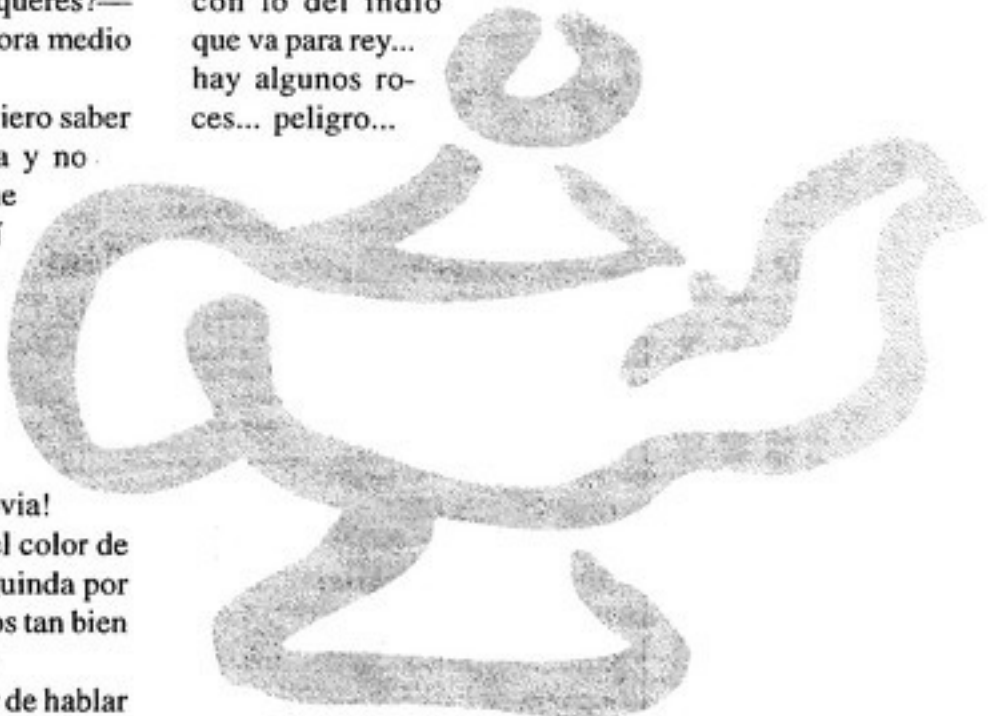
Maxi, que ve que es imposible conseguir algo de él, explota de rabia. Le grita, aunque sabe que eso no sirve para nada.

—¡No te creo una sola palabra! ¡¡¡Es inútil, lo barato sale caro!!! ¡¡¡No se pueden comprar lámparas falladas!!!

Así que a la noche abrió el manual y mientras hacía jueguito con la pelota, se puso a estudiar.

Las letras parecían bichos, hormigas, mosquitos sobre el papel; se iban corriendo de un margen al otro y él las perseguía, trataba de alcanzarlas.

—Toma la pelota Francisco Narciso de Laprida, los congresales alerta, José de San Martín a la expectativa... ¿Qué está pasando en Salta con Güemes?... Artigas se corta por las suyas, tiembla Córdoba... peligro, peligro... ¿Qué quieren estos hombres, señores, monarquía o república?... ¿Dónde está el árbitro?... Ahora salen con lo del indio que va para rey... hay algunos roces... peligro...



peligro... una fuerza incontenible... ¡gol!
¡gooooo! ¡goooooo!, del Congreso de Tucumán,
¡para todo el mundo!

Maximiliano pasó al frente con la frente fruncida. En la mano, la lámpara.

La maestra lo mira. Le pregunta.
— ¿Y eso?/ Un amuleto, mi talismán de la suerte./ ¿Amuleto?/ Contra el mal de ojo, nariz, garganta y oído./ ¡Ah!

En el aula se hace silencio. Maxi habla todo de un tirón, y el curso entero ve de a poco la casa de Tucumán, la sala de la Independencia y los bigotes negros de Laprida. Cuando se olvida de algo, Maximiliano busca disimulado la ayuda de Abdul. Frota y frota. Y nada y nada. “¡Maldito dormilón!”, se resigna. Entonces sigue pensando y, en su voz, están los congresales, qué equipo, sólido, confiable, hay que ver cómo sale al cruce, busca la definición, vibra la casa de Tucumán, el país entero vibra... ¡Independencia!, ¡independeencia! ¡independeencia!, ¡para todo el mundo!

Carolina ya lo estaba esperando en la puerta del edificio. La vio, flaca y alta. Lo asombraron a Maximiliano los ojos, chispas de dulce de leche granizado, la sonrisa, del color de la frutilla a la crema,

el súper sambayón de las trenzas que relucían en la espalda.

—¿Trajiste la lámpara? ¿En serio tiene un genio adentro? ¿Me la prestás?— Maximiliano oye inquieto la pregunta.

—Seguro. Después te explico— afirma. La toma de la mano y le propone.

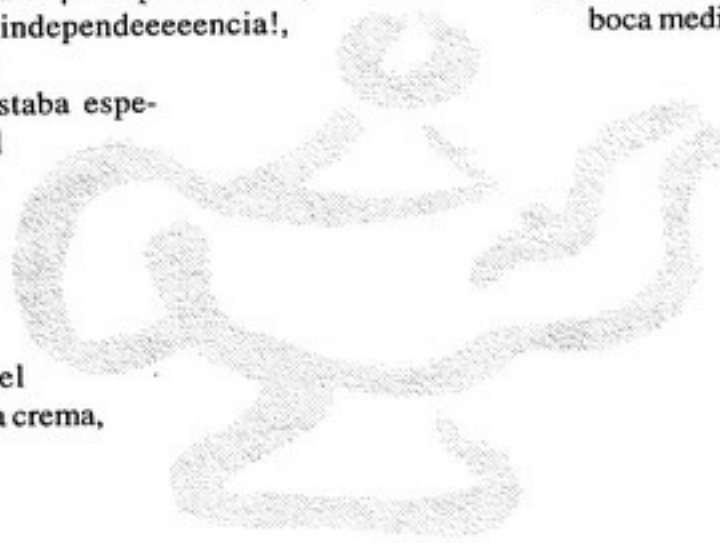
—¿Vamos?/ Vamos./ ¿Heladería?/ Heladería./ ¿Cucurucho?/ Cucurucho.

El domingo de sol logra que mucha gente pasee por el parque Centenario. Entre los puestos de artesanías, Sergio busca un mate nuevo, de palo santo, Maxi encuentra unas cajitas de madera para regalarle a Carolina, Nora mira, aconseja, resuelve.

Ahora ve unos aros que relampaguean al sol nuevo. Tienen forma de lámpara maravillosa.

—¿Cómo me quedan?— pregunta y se mira en un espejo. La mujer que la atiende, gorda y petiza, tiene los ojos rojos y la boca medio cerrada. Toma los

aros, roza suave el metal con una gamuza, mira el brillo luminoso. Entonces dice una sola palabra: —Genial.



Sigue de página 73

un vasto abanico de temáticas y amplitud de miras que se adecue a nuestro ser nacional y a la esencia constitutiva de nuestra Universidad.

La Universidad del Salvador ofrece a sus egresados la manera de llegar a este ideal de *ser* Doctor en Letras. Sus cursos de Doctorado le facilitan esta “vía” recta y segura.

Los Doctorandos de nuestra universidad encuentran el ámbito humanístico que les es familiar, donde pueden alcanzar la meta: ser *Doctores* en el amplio, cabal y profundo sentido de la palabra.

En este mundo científico-técnico, donde el cambio vertiginoso de los factores técnicos produce el vértigo y la desorientación, un *Doctor en Letras* de la Universidad del Salvador está preparado para afrontarlos, para sobreponerse y adaptarse a ellos, con la superioridad de un espíritu equilibrado, que encuentra nuevas soluciones y abre caminos nuevos con su altura de miras y su fuerza, que es Cristo, Camino, Verdad y Vida.